



EL DUENDE VERDE

EL TALISMÁN DEL ADRIÁTICO



Joan Manuel Gisbert

Ilustración: Miguel Navia

ANAYA

Para la explotación en el aula de este libro, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en nuestra web.

© Del texto: Joan Manuel Gisbert, 1988, 2015

© De las ilustraciones: Miguel Navia, 2015

© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2015
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2015

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-678-7110-4

Depósito legal: M-724-2015

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



EL DUENDE VERDE

Joan Manuel Gisbert

EL TALISMÁN
DEL
ADRIÁTICO

Ilustración: Miguel Navia

Q U E R I D O L E C T O R

Este libro te abre sus páginas para que puedas entrar en todos sus acontecimientos y espacios.

Va a empezar una noche muy distinta a casi todas las demás. Los antiguos bosques de Croacia se convertirán en el más peligroso lugar del continente.

Al leer las primeras escenas, seguramente te preguntarás por qué Matías, un muchacho de pasado misterioso acogido en un monasterio, acepta de buenas a primeras, casi a ciegas, llevar a cabo una misión secreta, rodeada de graves incertidumbres.

La vaga promesa de una dudosa recompensa no basta, ni de lejos, para explicarlo. Y Matías no es un chico

inconsciente ni alocado. Es muy capaz de reflexionar y analizar. Pero acepta la inquietante misión como si hubiese estado esperando que alguien le hiciera una propuesta extraña y arriesgada.

Nadie lo sabe, pero Matías esconde un secreto en su sangre y en su pensamiento. Es su fuerza oculta, su esperanza.

Pero nunca hubiese podido imaginar lo que realmente le espera, lo que va a vivir a lo largo de la noche.

Y ahora tú, querido lector o lectora, vas a acompañarlo en su extraordinaria aventura. Confío en ti.

Buen viaje y hasta siempre.

A handwritten signature in black ink, consisting of several loops and a long horizontal stroke extending to the right.

*A Pilar Jiménez,
entre el amanecer y el sueño,
siempre amiga.*

**PRIMERA
PARTE**

1

EN el atardecer de uno de los últimos días de la primavera del año 1498, llegó al monasterio benedictino de Upla, en Croacia, un jinete embozado. Ante la puerta del recinto solicitó ser recibido por el abad, aduciendo motivos urgentes que no podía detallar.

Josip Maros, el anciano abad, aunque turbado y molesto por la intemperancia del desconocido, accedió a recibirlo para averiguar qué asunto lo traía y no dar ocasión a un altercado.

En cuanto estuvieron los dos hombres a solas en la desnudez del locutorio, el visitante se descubrió el rostro y le preguntó al abad, mostrándose ante él:

—¿Me reconocéis? ¿Sabéis quién soy y cuál es mi cargo en el condado?

No sin sorpresa, Josip Maros identificó al caballero. Solo lo había visto en una ocasión, pero le bastaba.

—Sí, os reconozco. Sois el doctor Kelemen, médico personal del conde Váltor, señor temporal de estos dominios. Pero no acierto a adivinar el motivo de vuestra inesperada visita. ¿Acaso el conde está enfermo?

—Su salud no despierta inquietudes. El motivo es otro. Debo deciros ante todo que lo que he venido a tratar con vos es altamente secreto.

Con creciente incomodidad, el viejo abad murmuró:

—Os escucho, doctor Kelemen. Tenéis mi discreción asegurada.

—¿Hay en el monasterio algún joven novicio, de aspecto desmañado y campesino, pero no carente de valor y astucia, que pueda llevar a cabo una misión del mayor interés para el conde Váltor?

Josip Maros movió las manos con preocupación y preguntó:

—¿En qué consistiría la misión?

—En transportar una mercancía secreta a través del condado.

—¿Y para un transporte secreto y de importancia necesitáis a un simple joven astuto de aspecto desmañado? No parece lo más idóneo.

—Precisamente lo es.

—¿Me ayudáis a comprender por qué?

—El pequeño cargamento estará más seguro bajo la custodia de un muchacho de aspecto anodino, de quien nadie sospechará nada, que entre una escolta de soldados. Un grupo de hombres armados puede ser reducido por otro mayor, o más audaz, o que actúe por sorpresa, y a su paso atrae la atención y despierta recelos. Y es de vital interés que el transporte de esa carga se haga de manera totalmente disimulada.

—Entiendo la sutileza de vuestro razonamiento. Pero los bosques y los caminos están llenos de salteadores que no vacilarían en despojar a una persona indefensa de todo lo que llevara, fuese o no de gran valor. Nada puede garantizar que la mercancía de que habláis llegue salva a su destino, ni siquiera el aspecto humilde de un novicio.

—El muchacho no estará desprotegido —continuó Kelemen, como si ya diese por segura la aquiescencia del abad—. Habrá una red de vigilancia, casi invisible, que velará por su seguridad. Contará con diversas ayudas, incluso sin él saberlo. Únicamente hará solo un primer trecho del viaje. No lo dejaremos expuesto toda la noche a las incertidumbres del camino; sería una insensatez.

El anciano benedictino, lleno de dudas y temores, preguntó:

—¿Hay, como deduzco, gentes que estarían dispuestas a apoderarse de ese cargamento si supieran dónde encontrarlo?

—Podría haberlas —repuso el médico ambiguamente—. En especial si algo las alertara y las indujese a pensar que está a su alcance, viajando por el condado. Pero un simple novicio conduciendo un carro es la última persona que podría despertar esas sospechas. De ahí la petición urgente que se os hace.

—Puede que tengáis razón, no lo sé. Pero yo no arriesgaría ni uno solo de los objetos litúrgicos del monasterio, ni el más sencillo de los volúmenes de nuestra biblioteca, en semejante viaje.

—Lo comprendo. Vos no tenéis motivo para someter esos objetos a tal riesgo. Pero la situación de la que os hablo es de distinta naturaleza. Es necesario que el cargamento secreto sea transportado, y cuanto antes.

—¿Puedo preguntaros acerca de la índole de esa carga?

—Ya lo habéis hecho. Pero os ruego que comprendáis que no me está permitido dar respuesta. No soy más que un emisario del conde Váltor, con el encargo de organizar la expedición esta misma noche.

—¿Tan pronto? Pero ¿quién y cuándo traerá los bienes que han de ser transportados?

—Ya están aquí.

—¿En el monasterio? —preguntó el abad, incrédulo.

—Sí.

—¿Los habéis traído vos?

—De ningún modo. Eso habría supuesto correr un riesgo innecesario. Están aquí desde la pasada noche.

A la inquietud del abad se añadió la alarma:

—¿Sin saberlo yo? ¿Sin saberlo ninguno de los monjes?

—Disculpad. Fue necesario hacerlo así.

—¿Cómo resultó posible el hecho?

—Los dos peregrinos germanos que llegaron ayer eran, en realidad, enviados del conde Váltor. Hombres hábiles, capaces de introducir tres cajas en el monasterio sin ser sorprendidos. Pero ahora será necesaria la intervención de un novicio para protegerlas todavía mejor.

—¿Quién sabe que las cajas están aquí? —preguntó el abad, temeroso de que atrajeran convulsión y desgracia.

—Nadie, excepto vos, yo mismo y los dos hombres que las trajeron. Todo ha de transcurrir en el máximo secreto: es primordial.

Josip Maros vio derrumbarse sus esperanzas. No le iba a ser fácil negarse a la petición del médico del conde. La presencia de las cajas en el monasterio complicaba enormemente la situación. Si contenían algo codiciable y, por tanto, peligroso, su primer deber como abad era procurar que fuesen alejadas del recinto lo antes posible, aunque no a cualquier precio.

Kelemen advirtió la inquietud del abad y se aprovechó de ella:

—La presencia de las cajas en el monasterio no debe turbar vuestro ánimo. Es una situación transitoria. Como os he dicho, esta misma noche saldrán de aquí.

—¿En qué lugar del monasterio se encuentran?

—Permitidme que no os lo revele hasta que el muchacho elegido se disponga a emprender el viaje. Será cuestión de poco tiempo.

Visiblemente abrumado, el abad dijo:

—Esta situación y lo que me proponéis contravienen todas nuestras reglas.

—Bien lo sé. De ningún modo vulneraría la paz del monasterio si no se tratara de un asunto de la mayor trascendencia.

—Lo que se me pide supera mi autoridad abacial. Mis atribuciones no llegan hasta el punto de poder autorizar semejante cosa.

—Se trata de una emergencia inaplazable. No puedo apelar más que a vos: sois la máxima autoridad del lugar donde ahora está el cargamento. ¿A quién, si no, podría someter la petición? Y no olvidéis que actúo por orden y deseo del conde Váltor, protector del monasterio.

Con un hilo de voz, Josip Maros expresó:

—Nunca tuve que decidir ante una emergencia tan extraña como esta.

—Tened presente que vuestra intervención en el caso va a ser limitada. Se reducirá a ceder por breve tiempo a uno de los jóvenes internos. Y en cuanto el muchacho inicie su viaje, estará bajo la directa autoridad del conde. Vos ya nada tendréis que ver con su misión ni os alcanzará responsabilidad alguna.

El abad opuso:

—A la conciencia nada se le escapa. Las consecuencias de una decisión indebida no conocen límites en el alma.

—Pero el tiempo de que disponemos, sí: se está agotando —dijo Kelemen con aspereza—. ¿Habéis pensado ya en qué muchacho puede ser el más adecuado?

—¿Cómo puedo saberlo yo? Carezco de experiencia en estos casos.

Resuelto a vencer sus últimas resistencias, Kelemen amenazó:

—Sería imprudente por vuestra parte contrariar la voluntad del conde Váltor. Él cuenta con la decidida colaboración del monasterio. Desairarle sería tanto como originar un grave conflicto. Realmente, la causa no lo merece.

Falto de recursos, el abad preguntó:

—¿Sabré en los próximos días, ya que no es posible ahora, cuál es el misterioso contenido de las cajas?

El médico no vaciló en asegurar:

—Por el mismo conde Váltor lo sabréis, cuando os venga a dar las gracias. Y ahora decidme: ¿cuál es el novicio designado?

—Estoy pensando en Matías —dijo el abad a regañadientes.

—Habladme de él.

—No es mucho lo que puedo deciros. Lleva poco tiempo entre nosotros, apenas medio año. Vino al monasterio casi por azar. En realidad, ni siquiera es un novicio. Le dimos acogida porque estaba solo y desamparado. Es un muchacho de origen humilde, campesino. Sus padres murieron en la epidemia del pasado verano. Quedó solo. Eso es lo que nos dijo, y no era lo bastante diestro ni tenía suficientes años para cargar sobre sus espaldas, en solitario, el duro laboreo de las tierras. Estuvo un tiempo vagando por bosques y caminos hasta que llegó aquí. Su fe no parece muy robusta. Pero es muy joven, casi un zagal: ya tendrá ocasión de definirse.

—Sí, puede ser adecuado. Hablaré con él ahora.

—Solo si me aseguráis que no correrá ningún peligro grave.

—Su trabajo será conducir la carreta. Todo lo restante quedará a nuestro cargo. Tenemos los suficientes hombres emboscados. Veamos ya al muchacho.

El abad tiró de un cordón que pendía junto a uno de los muros. Kelemen se cubrió otra vez con el embozo. Al poco rato, entró en el locutorio un monje aún más anciano que el abad. Josip Maros le murmuró algo al oído.

Keleman paseaba impaciente por la estancia. Sus pisadas resonaban en la bóveda. La penumbra era cada vez mayor: oscurecía.



Í N D I C E

Primera parte

1	9
2	17
3	22
4	32
5	38
6	50
7	55
8	63
9	72
10	81

Segunda parte

11	87
12	101
13	107
14	112
15	122
16	131
17	137
18	145
19	161
Epílogo	164

Í N D I C E

PRIMERA PARTE

1	9
2	17
3	22
4	32
5	38
6	50
7	55
8	63
9	72
10	81

SEGUNDA PARTE

11	87
12	101
13	107
14	112
15	122
16	131
17	137
18	145
19	161
Epílogo	164



EL DUENDE VERDE

1498, Croacia. Un jinete embozado llega al atardecer a un convento benedictino.

Dice actuar en nombre del conde Váltor y pide que uno de los novicios conduzca una carreta hasta una abadía situada al otro extremo del condado. El elegido es Matías, un chico voluntarioso que acepta inmediatamente la misión ignorando que se convertirá en pieza clave de una conspiración para proteger un misterioso objeto de poder.

Edad recomendada
para este libro:

A partir de 12 años

ISBN 978-84-678-7110-4



9 788467 871104

www.anayainfantiljuvenil.com

1571193

ANAYA